

Oda a la resistencia

Elástico de sombra

JUAN CÁRDENAS

Sexto Piso, Colombia, 2019, 110 pp.

JUAN SEBASTIÁN Cárdenas Cerón (Popayán, 1978) obtuvo una beca de creación de la Residencia de Estudiantes de Madrid entre 2008 y 2010; trabajó con la editorial española Periférica entre 2011 y 2016; ha sido traductor del inglés y del portugués al español, y del español al inglés; es docente e investigador en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, y escritor de novelas y relatos. En 2014 ganó con *Los estratos* (Periférica 2013) el Premio Otras Voces, Otros Ámbitos, que otorga Ámbito Cultural de El Corte Inglés y el Hotel Kafka, y en 2019, con *El diablo de las provincias* (Periférica, 2017), el Premio de Narrativa José María Arguedas que otorga la Casa de las Américas de Cuba.

En la nota liminar que antecede los nueve capítulos y el epílogo de *Elástico de sombra*, su más reciente libro, Cárdenas explica que “todas las historias incluidas en esta breve novela fueron recogidas en la zona norte del departamento del Cauca y el valle del río Patía, al suroccidente de Colombia”, mientras realizaba una investigación “sobre la esgrima de machete, también conocida como ‘grima’, un arte marcial negro de origen incierto –actualmente en una fase vestigial o de ruina–”. Dicha aclaración, así como la que dio en una entrevista en el Hay Festival 2020 –según la cual escribiendo el libro se sintió como uno de aquellos autores de la Edad Media que recolectaban historias y les daban un cierto orden en un libro–, permiten indicar que *Elástico de sombra*, como novela, carece de fingimiento, de ficción o de mentira. De hecho, en la misma nota liminar asegura que sus interlocutores principales fueron Héctor Elías Sandoval y Miguel Lourido, “macheteros de la Academia de Esgrima de Machete de Puerto Tejada”.

En el libro se cuenta la historia de dos maestros macheteros afrocaucanos, don Sando y Miguel, quienes acompañados por un chofer “medio cafeconleche” –de piel morena–, llamado Cero, emprenden un viaje para intentar encontrar un maestro que les

revele el secreto del juego de sombra, el *elástico de sombra*, “que consistía en saber atacar y defenderse en la más absoluta oscuridad” (p. 40). Un juego que le permite a quien lo domine ser “capaz de luchar hasta con los ojos vendados, guiándose nada más que por una intuición especial que la técnica permitía cultivar y desarrollar” (p. 40).

Durante el recorrido, los tres personajes, o bien se encuentran con otras personas de quienes escuchan historias que parecen fábulas fantásticas, o ligadas a la historia de los negros en Colombia, o bien ellos mismos experimentan situaciones que parecen imaginadas, o les ocurren en realidad. Entre las primeras, el chofer de una chiva, Iginio, les cuenta cómo la bruja Nubia lo convirtió en su concubino; el mismo don Sando recuerda que su maestro don Manuel María solía contarle que los macheteros afrocaucanos fueron decisivos para que Colombia ganara la guerra con Perú en la década de 1930. Entre las segundas, don Sando habla con un duende que se le aparece después de invocarlo, el cual le cuenta que, por haber vencido en un duelo a El-Que-Ya-Sabemos, este lo castigó prohibiéndole que le enseñara a cualquier hombre su habilidad con el machete; por su parte, Miguel es conducido a un lugar donde se encuentran reunidos Feliciano Valencia, Francia Márquez, Clemencia Carabalí, el taita José Ramos y Aída Quilcué, líderes sociales e indígenas caucanos que en ese momento preparaban el bloqueo de la carretera Panamericana en protesta por los despojos de sus territorios.

Para conducir la narración, Cárdenas acudió al estilo libre indirecto. En el libro se dan hibridaciones entre el narrador omnisciente, como cuando se narra lo que piensa o siente alguno de los personajes, y las voces mismas de cada uno de estos. Según lo explica el autor en una entrevista, “como si fuera otro invisible que está entre los personajes”. Al respecto, hacia la mitad del libro, de manera sutil ocurre un traspaso del protagonismo de don Sando hacia Miguel, cuando el primero se aleja caminando por un sendero.

Don Sando se levantó. Voy a ver qué es eso, dijo, espéreme aquí. Y empezó a bajar por la ladera. Pronto Miguel vio cómo su maestro se integraba a las siniestras leyes ópticas de la montaña. Ora su cuerpo parecía

diminuto ora gigantesco mientras caminaba al encuentro del extraño resplandor a caballo. Ambas formas se perdían durante largos minutos en los desfiladeros que sugerían cavidades anatómicas recubiertas de variados pelambres, y la atención de Miguel, atrapada en las fluctuaciones del pellejo vegetal, se mimetizaba con el fenómeno, de modo que el machetero ya no sabía si estaba muy concentrado o definitivamente distraído. (p. 57)

En *Elástico de sombra*, el lector contempla, como por una ventana, distintos paisajes del departamento del Cauca. Sus valles, ríos y montañas. Sus caminos, con cruces en Y o en X. La ciudad de Popayán. Y, en medio de aquellos paisajes, personajes. Pobladores de veredas, corregimientos y municipios que tienen, más que una oralidad, una lengua “vulgar”, “plebeya”, construida con palabras que les son propias: *chuspa*, *acasito*, *quicacos*, *bullosería*, *baldear*, *michicateaban*, *parquió*, *salpuyaba*, *yelos*, *cataniamos*, *antualito*, *ejtranjero*, *mostro*, *aculillado*, *fragantosas*, *desma-yecer*, *ventiao*...

Elástico de sombra, de Juan Cárdenas, me parece, es una novela de no ficción, en la que seres como el Duende o El-Que-Ya-Sabemos no son fabulados sino leyendas y mitos que hacen parte de la cotidianidad de los personajes, los cuales remiten, como se indicó al inicio de esta reseña, a quienes le contaron al autor sus experiencias.

Y como novela de no ficción, es una oda a la resistencia. De los negros del suroccidente de Colombia que se esfuerzan por mantener viva su tradición de macheteros, y de los líderes sociales e indígenas que batallan contra quienes intentan usurparles los territorios que les han pertenecido desde tiempos antiquísimos. En palabras de la Machetera Mayor de La Toma, Fidelia Mina:

Nosotras resistimos porque nuestra resistencia cava un hueco en la piedra dura de la ley, para que la ley se amolde al cuerpo del pueblo. Dicen que somos violentos, dicen que recurrimos dizque a “las vías de hecho”. ¡Tampoco! ¡Mienten porque solo saben mandar a punta de mentiras! Si parecemos violentos es porque somos duros, porque

para horadar la piedra hay que ser más duro que la piedra misma. Invocan las leyes y el derecho para desprestigiarnos, como han hecho siempre. Pero la verdad de verdad es que somos nosotras las que hacemos el derecho exigiendo nuestros derechos, exigiendo que se respete nuestra vida y nuestros territorios. El derecho emana de nosotras. El derecho no viene listo y empacado de Bogotá o de Popayán, como quieren hacernos creer. El derecho nace aquí, en la minga. Y nace para todos, no nace solo para los indios o para los negros o los campesinos. Nace para todos. La minga es la matriz del derecho y de la ley justa. (pp. 79-80)

Una historia trepidante, con encanto y humor, en la que puede despertarse la indignación del lector por los maltratos propinados a pobladores de muchos territorios colombianos. Un libro para leer despacio; para conocer y (re)conocer territorios marginados de Colombia, con sus habitantes excluidos históricamente, y que resisten, tienen presente a quienes resistieron en el pasado, y continúan y continuarán resistiendo los embates de los atacantes.

Mateo Navia Hoyos